

XII

El pabellón de la calle de Boulogne hacía cinco años no había sido habitado. Guillermo no quiso alquilarlo nunca creyendo que todos los años iría con su mujer á pasar allí el invierno. Cuando se casó había enviado un antiguo criado de la Noirande á París para que desempeñara en la casa de la calle de Boulogne el oficio de portero. El buen hombre vivía en una especie de garita de ladrillos rojos, construída al lado de la verja. Toda su ocupación se limitaba á abrir una vez por semana las ventanas de las habitaciones para que se renovara el aire. Aquel cargo era para el anciano una especie de retiro á que tenía derecho por sus largos y buenos servicios.

Avisado desde la vispera de la llegada de sus amos, se dedicó el portero á limpiar el polvo de los muebles. Cuando llegaron Guillermo y Magdalena, encontraron todas las chimeneas encendidas, que prestaron á su antigua morada la tibia y agradable temperatura de otros tiempos. Durante el trayecto de Veteuil á París, sus corazones habían latido apresuradamente al recordar que volvían á entrar en aquella casita donde permanecieran encerrados algunos meses de su pasado; se acordaron de las inquietudes de las últimas semanas y temieron ir á despertar amargos recuerdos como les aconteció en el pabellón que habitaron junto á la Noirande. También parecieron sorprendidos y encantados de la alegría del cuarto que su imaginación febril se obstinaba en representárselo más triste á medida que se aproxima-

ban á París. Guillermo tuvo un momento de angustia; al entrar en su alcoba vió colgado en la pared el retrato de Jacobo que el portero debió encontrar en cualquier rincón. Lo descolgó rápidamente y lo escondió en el fondo de un armario antes de que Magdalena lo viera.

No pensaban Guillermo y Magdalena vivir aislados en su confortable casita. Aquellas habitaciones cerradas, aquel nido, reservado, que habían escogido en otro tiempo para mecer sus nacientes amores, les parecía ahora demasiado estrecho para los dos. Habían vivido allí en contacto perpetuo, casi en brazos uno del otro. Temblaban á la vista de aquellos canapés donde se sentaban dichosos y unidos. Venían á París decididos á no quedarse nunca en casa y á aturdirse fuera todo lo posible. Deseaban aislarse en el bullicio de la multitud y estar separados todo el tiempo que les fuera posible. Al día siguiente de su llegada fueron al hotel de los de Rieu, situado en la calle de Bruyere. No encontraron á sus amigos, pero aquella misma tarde los Rieu fueron á devolverles su visita.

El matrimonio de tres, presentóse como tenía por costumbre. Elena del brazo de Tiburcio y el marido detrás. El señor de Rieu tenía aspecto enfermizo; hacía mucho tiempo que sufría una tenaz dolencia en el hígado. Su fisonomía, sin embargo, aunque amarillenta y arrugada no había perdido ni su desdéniosa altivez ni su irónico parpadeo. Tiburcio ya despojado de su petulancia de provinciano, tenía el aspecto aburrido del hombre que se ve forzado á cumplir un deber penoso. En su semblante, en sus labios delgados se dibujaba una especie de rabia, un secreto deseo de brutalidad. En cuanto á Elena estaba tan cambiada que los esposos no pudieron reprimir al verla un gesto de sorpresa. Se había abandonado por completo, descuidando teñirse y estucarse. Parecía una muñeca deslucida, con sus mejillas brillantes de afeitte, y sus pueriles sonrisas; siendo una pobre mujer cuyos cabellos grises y rostro arrugado, causaban una tristeza repugnante y vergonzosa. El abuso de las pomadas, de los aceites de tocador, habían enrojecido su piel que colgaba flácidamente formando bolsas; sus pesados párpados medio cubrían los ojos, sus labios estaban como aplastados. Se pudo decir que la máscara que cubría su rostro acababa de caer y tras ella se veían sus verdaderos rasgos. Lo peor era que estos rasgos conservaban todavía alguna de las gracias repulsivas de la máscara; las arrugas, mal enjugadas, retenían en sus pliegues partículas de la pomada rosa empleada para hacerlos desaparecer y los cabellos medio desteñidos ofrecían una mezcla de sucios colores. Elena que apenas contaba cuarenta años,

tenía aspecto de una mujer de sesenta. Había perdido sus vaporosos ademanos, sus gráciles arrogancias de jovencita; temerosa, embrutecida, miraba humildemente á su alrededor como si temiera siempre ser golpeada.

Al entrar en el salón, Tiburcio que se precipitaba hacia Guillermo con la falsa efusión, que procuraba atestiguarle en cuanto le veía, tropezó con Elena que no se había separado con la presteza necesaria para dejarle paso, y siguió andando pisando sobre su vestido, empujándola con rudeza al mismo tiempo que la lanzaba una mirada de cólera. Elena que en aquel momento saludaba á Magdalena con una de sus antiguas reverencias infantiles, se pegó con presteza á la pared con asustado ademán, y volvió á tomar su aspecto de idiota olvidando terminar su reverencia. El señor de Rieu apreció aquella rápida escena, el codazo de Tiburcio á su mujer y el movimiento de terror de ésta, pero permaneció con los ojos entornados, como si nada hubiese visto, conservando sobre sus labios una amable sonrisa.

Se sentaron, y al cabo de algunos minutos de conversación indiferente sobre la tristeza y monotonía del campo en invierno y de los placeres que ofrece París durante esta estación, Guillermo propuso á Tiburcio pasar á una pieza inmediata á fumar un cigarro. La vista de Elena le descorazonaba. Cuando las señoras se encontraron solas con el señor de Rieu, no sabían de que hablar. El viejo sentado en un sillón con las manos sobre las piernas, miraba ante él con esa mirada vaga de los sordos á quienes ningún ruido distrae de sus pensamientos. Parecía ignorar hasta el sitio en que se encontraba. De vez en cuando, sus párpados se cerraban dulcemente y una mirada fina y penetrante se escapaba de sus ojos, llena de singular ironía é iba á espíar el rostro de las dos mujeres que no se daban cuenta de aquel examen.

Hubo un instante de silencio. Después Elena habló á su pesar de Tiburcio. No podía hablar más que de aquel muchacho que por completo la dominaba. Todo la impulsaba hacia él; abandonaba en seguida otros asuntos de conversación y después de algunas frases hablaba de la existencia de voluptuosidad y de terror en que le hacía vivir su amante. En sus carnales apetitos, Elena perdía poco á poco ese respeto humano, esa especie de pudor postrero, mezcla de prudencia y de orgullo que impide á las mujeres confesar sus vergüenzas en alta voz. Elena por el contrario, experimentaba cierto placer en contarle todo; se confiaba á cualquiera, no teniendo conciencia de sus infamias, satisfecha de ocuparse de aquél que lo era todo para ella.

Satisfaciala, por lo demás, que la dejaran desahogarse sin interrumpirla; entonces se extendía con delicia en la relación de sus goces llegando á confesiones monstruosas por lo repugnantes y pareciendo que se revolcaba en sus palabras, olvidando que se dirigía á otra persona. La verdad es que hablaba para ella, para recordar con deleite las suculdades que refería. Se lo contó todo á Magdalena. Una simple frase bastó para pasar de una conversación sin interés á la confesión de su adulterio, y lo hizo de un modo tan natural, que Magdalena oyó aquella confesión sin pestañear. Cuando nombró á Tiburcio como un amante que la joven debía conocerle hacía años, añadió con tono lastimero:

—¡Ah! querida mía, estoy cruelmente castigada. Este hombre que era tan cariñoso, tan amante en otro tiempo, se ha convertido en cruel é implacable... Me pega. Si que es vergonzoso confesarlo, pero soy tan desdichada, que tengo necesidad de consuelo!... ¡Qué dichosa es usted por vivir en paz no teniendo ninguna falta de que arrepentirse! Yo sufro todos los tormentos del infierno. Ya lo ha visto usted, Tiburcio me ha atropellado hace un momento; posible es que me mate un día.

Aunque hablaban en voz baja, Magdalena temía que el señor de Rieu la oyera y miraba con inquietud al anciano. Elena sorprendió su mirada.

—No, no tenga usted cuidado—la dijo levantando la voz con tranquilo cinismo.—Mi marido no me oye... Soy mucho más digna de lástima que él. Lo ignora todo, no ve mis lágrimas que oculto cuidadosamente. En su presencia sonrío siempre por más que Tiburcio me trate como la última de las mujeres. Ayer mismo Tiburcio, en mi casa, me dió un bofetón porque le echaba en cara sus correrías tras de las jóvenes. La bofetada cayó sobre mis mejillas produciendo un ruido seco, y sin embargo, mi marido, que estaba inclinado ante la chimenea, no volvió la cabeza hasta pasado un rato, no había oído nada. Podemos seguir hablando; ya ve usted que está medio dormido.

En efecto, el señor de Rieu parecía dormir, pero sus penetrantes miradas pasaban por entre sus párpados medio cerrados. Algunos estremecimientos imperceptibles agitando apenas sus dedos entrecruzados, podían demostrar á ojos más clarividentes que el señor de Rieu gozaba exquisitamente al leer sobre los labios de su mujer la historia de la bofetada.

Magdalena creyó deber compadecerse políticamente de su amiga. Manifestó el asombro que la causaba ver que se había desvanecido tan pronto el amor de Tiburcio.

—No comprendo la causa de sus brutalidades—dijo Elena,—pues estoy segura que me ama; pero tiene momentos fatales. Yo, por mi parte, se lo he sacrificado todo, he procurado hacer por él cuanto he podido, procurando que ocupe en París el puesto que merece, pero es verdad y he de confesarlo, que la desgracia parece haber seguido tenazmente todos mis pasos. Ya soy vieja. ¿Cree usted que él solo me ama ya por interés?

Magdalena dijo con naturalidad que no era de esta opinión.

—Esta idea me hace mucho daño—replicó Elena hipócritamente, que sabía á qué atenerse.

Tiburcio no se tomaba ya el trabajo de ocultarle la verdad. Elena no ignoraba que se servía de ella como de una escala. Poco le importaba, por lo demás, que aquella mujer quisiera cobrar en él sus servicios. Elena, por su parte, no había llegado al extremo de confesar en alta voz que se pagaba el amor de un joven. Se unía á Tiburcio con el furor de una mujer que en su edad más crítica sufre las excitaciones de la pubertad. En este concepto le era indispensable. Si Tiburcio la abandonaba, no hallaría un amante que tuviera sus complacencias. Le pagaba, pues, el precio de sus últimas infamias.

—Quisiera serle útil—prosiguió Elena continuando la hilación de sus pensamientos.—Tal vez se mostrase entonces agradecido. Aun tengo esperanzas... ¿Estoy muy cambiada, verdad? No tengo ni fuerzas para ser coqueta... ¡Sufro tanto!

Elena hundióse en el muelle asiento de su butaca, abatida y cansada. La verdad era que su adulterio del que abusaba había llegado á sumirla en una especie de continua somnolencia. Todo le era indiferente, hasta el cuidado de su persona. Ella que había luchado contra la edad no se lavaba las manos si no con extrema fatiga. Permanecía días enteros ociosa, embebecida, pudiera decirse que rumiaba como las bestias el recuerdo de sus voluptuosidades de la víspera, y soñando en las que gozaría al día siguiente. La lubricidad era lo único que alentaba en ella, la mujer moría con sus deseos de agradar, con su necesidad de ser siempre joven y siempre amada. Bastábale que Tiburcio satisficiera sus apetitos voraces de mujer cuarentona, y no le pedía cariño ni galantería. No quería más que una idea fija, conservar al joven entre sus brazos, sin pensar siquiera en hacerle esclavo de sus sonreídas ni de su pintado rostro, confiaba únicamente en sus abyectas costumbres, en su refinada sensualidad para retenerle á su lado.

Magdalena la miraba con verdadera compasión; no podía descender al fondo de aquella podredumbre, y pensaba que sólo las brutalidades de Tiburcio, podían haber llevado á Elena á aquel estado de agotamiento de la carne y del espíritu. No pudo pues contener un grito de indignación:

—A un hombre así se le arroja—dijo.
Elena levantó asustada la cabeza.

—¡Arrojarle! ¡arrojarle!—balbuceó con íntimo espanto como si la joven le hubiese propuesto la amputación de un miembro. Después se rehizo y añadió con rapidez:

—Mi querida amiga, no conoce usted á Tiburcio. No se iría. Si yo le hablase de separación sería capaz de estrangularme... no, no, le pertenezco y debo sufrir hasta el fin.

Mentía descaradamente. Aquella misma tarde su amante le había amenazado con no volver á poner los pies en su alcoba si no le gestionaba inmediatamente un buen destino.

—¡Cuánto la envidio á usted!—añadió Elena.—¡qué hermoso debe ser conservarse virtuosa!

Continuó quejándose; hablaba ella sola y sus lamentaciones eran entrecortadas por extrañas sonrisas ó por el recuerdo de sus voluptuosidades. Durante una hora fué su conversación un innoble compendio de ridículos pesares y de súbitas esperanzas de nuevas faltas, de confesiones de un cinismo tranquilo y de ruegos que solicitaban ayuda y piedad á las gentes honradas. Magdalena concluyó por experimentar un creciente malestar al oír tales quejas; aquellas confesiones tan cínicas la disgustaban; no decía nada contentándose con responder con inclinaciones de cabeza. De vez en cuando echaba una inquieta mirada sobre el señor de Rieu; pero el viejo conservaba su vaga sonrisa en los labios y su aire de irónica confianza. Entonces, mientras Elena repetía diez veces la misma historia repugnante, Magdalena concentró en sí misma; pensó en el drama que á Guillermo y á ella les hería; vióse también con su marido sordo é imbécil sepultado en un sillón, y estar ella misma tan desmoralizada que se abandonaba voluptuosamente á la idea de su deshonor.

Mientras las dos mujeres hablaban, Guillermo y Tiburcio se habían retirado á un saloncito contiguo convertido en fumador. Guillermo que buscaba con afán las conversaciones indiferentes, preguntó á su antiguo compañero de colegio si estaba contento de su estancia en París. Esto le importaba poco, y además despreciaba á aquél muchacho, pero era dichoso en aquel momento porque deseaba aturdirse. Tiburcio le contestó con acento irritado que no había

realizado hasta entonces ninguno de sus deseos. La pregunta inocente de Guillermo le hería en lo más vivo.

Se puso á fumar febrilmente y tras un corto silencio se dejó llevar por la rabia que le dominaba. Se confesó á Guillermo, como su querida se confesaba al propio tiempo á Magdalena, pero usando un lenguaje grosero y procaz. Habló de la señora de Rieu como si hablara de la más despreciable de las prostitutas. Aquella mujer, decía Tiburcio con un aplomo admirable, había abusado de su juventud; pero él no había previsto hasta qué punto había estado comprometido por aquel amor ridículo; estaba resuelto á huir de los brazos de aquella bruja cuyos besos le repugnaban. Lo que no confesaba era su cólera por la derrota de su ambición. Toda su desesperación la causaba el ningún provecho que había sacado hasta allí de sus caricias. Esta actitud le permitía representar el papel de un joven inexperto engañado por una vieja experimentada. Si Elena hubiese podido darle una credencial de auditor en el Consejo de Estado ó de agregado á una embajada, no tendría más que elogios para ella. Explicaba así y para justificarse, su posición respecto á la señora de Rieu. Pero como podía comprender su amigo, sus caricias no habían podido ser peor empleadas. Tanto peor para ella, Tiburcio no era hombre de dar alguna cosa sin pronta recompensa.

No ignoraba, sin embargo, que la pobre mujer no había ahorrado sus pasos ni sus palabras. Aquel deseo ardiente de serle útil le conmovía poco, Tiburcio quería los resultados y su querida no obtenía ninguno por una fatalidad inexplicable. Esta fatalidad no reconocía otra causa que la persona del señor de Rieu; el maligno anciano comprendiendo que la comedia sería menos interesante si Tiburcio recibía el premio de sus caricias, procuraba solapadamente á cada nueva tentativa de su mujer combatir su protección y hacer inútiles sus más hábiles combinaciones. Era una manera excelente de exasperar á los amantes uno contra el otro, y de empujarles á las escenas terribles en las que gozaba extraordinariamente. Cuando de Rieu había ideado una gran decepción, atesoraba alegría por muchos días, recreándose en los humildes terrores de Elena y en la irritada actitud de Tiburcio. Cuando éste llegaba con los labios apretados, el rostro pálido, cerrados los puños, trataba de arrastrar á su querida á cualquier rincón para embrutecerla. Pero en aquellas ocasiones empeñábase Elena en no abandonar á su marido, estremeciéndose, con los ojos enrojecidos, imploraba á su amante con la mirada. Y el ladino sordo, se hacía más duro de oído y tomaba un aspecto de imbécil dichoso. Después, cuando Tiburcio rehusaba ya llevar á

Elena á cualquier extremo de la habitación, llegaba su ira hasta sacudirla rudamente, el sordo, afectaba vuelto de espalda, no oír las palabras, ni los golpes. Pero aunque no veía la escena, su semblante adquiría una expresión de diabólica crueldad.

Tiburcio comenzaba á creer que su querida no tenía influencia y que en nada podía serle útil. Esta idea le hacía implacable con ella; un solo pensamiento le sostenía, el de vengarse de aquellos cuatro años de servidumbre inútil, de abandonarla echándola al rostro una última y suprema injuria. Hasta este día no se atrevió á dejarla del todo, no pudiéndose decidir á abandonar los beneficios de un negocio que le costaba ya tantos disgustos. Acababa siempre por volver á humillarse, mezclando al cielo en su causa, diciéndose que la Providencia sería desleal si no le recompensara su constancia. Pero ya toda esperanza había desaparecido y estaba firmemente resuelto á romper con Elena.

Guillermo escuchó con aire compasivo las palabras enojadas de Tiburcio. Le disgustaba conocer los detalles de sus amores, pero no se dejó engañar por su comedia de pesares y de indignación. Tiburcio confesaba sus culpas únicamente para desahogarse y también para tantear la opinión de su amigo á quien conceptuaba delicado y prudente acerca la manera que podría deshacerse de sus ridículos lazos con la señora de Rieu. Presentía que si esta mujer no hacía de él un personaje, sería escarnecido y despreciado por haber compartido su falta; el éxito le trocaría en hombre hábil digno de toda suerte de favores, la desgracia por el contrario, lo hundiría para siempre. Así, pues, deseaba antes de conquistar el desprecio y la burla presentarse como víctima que tiene derecho al perdón. Manióbró con increíble habilidad. Guillermo llegó á ofrecerle el apoyo de su nombre y de sus servicios. Si Tiburcio lo deseaba lo recomendaría á un antiguo amigo de su padre. Aprobó desde luego su proyecto de ruptura. Por lo demás Guillermo también representaba su papel en aquella ocasión; se esforzaba en interesarse en aquel asunto que le era perfectamente indiferente ansiando olvidarse de sí mismo, ocupándose de los demás.

Acabado el cigarro, Guillermo y Tiburcio volvieron al salón. Elena, interrumpida en el relato de sus penas, se detuvo, echando una mirada temerosa sobre su amante como si temiera ser maltratada por haberse atrevido á quejarse. Permaneció turbada, aventurando apenas de vez en cuando una frase que el joven rechazaba con acritud, cortándole la palabra y dándole á entender que no sabía lo que se

decía, sin tratar de ocultar su irritación á los ojos del mundo.

No parecía si no que trataba de probar á Guillermo el poco caso que hacía de Elena. La tertulia concluyó fríamente. Cuando los visitantes se retiraron, el señor de Rieu que sólo había pronunciado raros monosílabos, hizo con voz seca un elogio completo de Tiburcio, de aquel honrado joven cuya amistad les era tan precisa á su mujer y á él; no era como uno de esos calaveras que corren tras los placeres, era bueno y honraba y respetaba á la vejez. El marido terminó rogando á Tiburcio fuera á buscar un coche. Generalmente acostumbraba á servirse de él como de un criado, olvidándose á propósito cuando salía de casa de ordenar á sus criados que fueran á buscarle.

Llovía y Tiburcio llegó lleno de lodo hasta las rodillas. El señor de Rieu se apoyó en su hombro para subir en el coche y después le ordenó fuera á buscar á su mujer que permanecía bajo la marquesina del vestíbulo. Poco faltaba para que no le rogase que se colocase al lado del cochero en el carruaje.

Guillermo y Magdalena comprendieron que aquellas visitas no les proporcionarían la distracción que necesitaban. No podían pensar en recibir en su casa puesto que su sala era tan reducida que apenas si podían invitar á los Rieu en sus reuniones íntimas. Formaron pues el propósito de salir todas las noches para pasar algunas horas en casa de los demás, entre el bullicio indiferente de los salones donde se reúnen algunas personas que no se conocen, pero que sonríen desde las nueve hasta media noche. El siguiente día á su llegada, el señor de Rieu les abrió la puerta de siete u ocho salones, deseoso de acoger afectuosamente al ilustre nombre de Viargne. Desde el lunes al domingo tuvieron los esposos en breve, ocupados y comprometidos todos los días. Salían juntos á la caída de la tarde, comían en cualquier restaurant y no volvían á su casa hasta la hora de acostarse.

Al principio hallaron alguna tranquilidad en aquel género de vida. El vacío de aquella existencia les calmaba. Poco les importaba el salón que visitaban. Todos les eran por igual indiferentes. Magdalena se sentaba en un extremo de un canapé, conservando en sus labios la vaga sonrisa de las mujeres que no piensan en nada, fijando los ojos en el piano, si lo tocaban, sin verlo ni oírlo, si bailaban aceptaba la invitación de cualquiera, y concluido el baile, volvía á su sillón ignorando si su caballero era rubio ó moreno. Sólo anhelaba á su alrededor mucha luz, mucho ruido, entonces se mostraba satisfecha. En cuanto á Guillermo, se

pasaba las noches en el hueco de una ventana siguiendo con la mirada, grave y fría, la hilera de hombros desnudos que se extendía bajo la brillante claridad de las bujías; ó bien colocábase detrás de una sala de juego, aparentando interesarse extraordinariamente en determinadas jugadas de las que nada entendía. Siempre había odiado al mundo y sólo acudía á él para olvidar á Magdalena durante algunas horas. Cuando los salones quedaban vacíos, los esposos retirábanse ceremoniosamente. Al bajar la escalera, se creían un poco más extraños uno al otro que á su llegada.

Pero si sus noches estaban ocupadas, sus días seguían faltos de distracción y pesados. Entonces Magdalena se dedicó febrilmente á la vida parisiense; recorrió almacenes, talleres de costureras y modistas, se hizo coqueta y trató de preocuparse por las novedades de la moda. Intimó con una atolondrada que apenas recién salida del convento se había casado y que arruinaba á su marido con toda la avidez de una entretenida. Esta amiga la llevó á las iglesias para oír los sermones y conferencias de predicadores en boga, de allí iban al bosque á curiosear los trajes de las jóvenes alegres.

Esta existencia turbulenta, llena de futelezas y de necias nerviosidades, ofrecía á Magdalena una especie de alegría estúpida que daba á su sonrisa el aire embobecido de los ébrios. Por su parte Guillermo llevaba la vida de un soltero rico y calavera; almorzaba en el café, montaba á caballo por la tarde y trataba de interesarse por los mil asuntos que se discutían acaloradamente en los círculos que frecuentaba. No veía á su mujer más que por la noche cuando la acompañaba á cualquier reunión.

Durante un mes vivieron los esposos así. Esforzábanse en vivir á la usanza de los matrimonios de la alta sociedad que se casan por conveniencia, ya para redondear su fortuna, ya para que no se extinga su apellido. El hombre asegura su posición y la mujer conquista su libertad. Después de una noche pasada en la misma alcoba, duermen separadamente y cambian más saludos que palabras. El vuelve á su vida de soltero y ella empieza su existencia de mujer adúltera. A menudo cesan entre ambos toda clase de relaciones. Algunos, los más enamorados, tienen un corredor que comunica las dos alcobas. De vez en cuando el marido entra en la de su mujer, cuando se siente hostigado por la necesidad del placer, lo mismo que si fuera á una casa de lenocinio.

Pero Guillermo y Magdalena se habían amado mucho y se amaban demasiado todavía para aceptar largo tiempo semejante vida. No se habían educado en los egoísmos de

la sociedad y no podían aprender esa fría educación, esa falta de corazón y de sentidos que permiten á dos esposos vivir juntos como si fuesen extraños uno al otro. El modo como se conocieron, sus cinco años de soledad y de ternura, los mismos sufrimientos que se imponían mutuamente, todo les impedía olvidar y crearse una vida distinta. Sus esfuerzos para lograr una separación completa de su existencia, de sus alegrías y de sus pesares, se encontraban siempre en las mismas sensaciones, en idénticos pensamientos. Su vida se mezclaba en todo y por todo, fatalmente.

Desde la tercera semana, asáltóles ya la angustia y el tedio. Su cambio de costumbres había podido distraerles un momento de sus ideas fijas. Se habían dejado sorprender por la fiebre de una existencia nueva para ellos. Aquellos salones donde ambos se perdían les habían causado al principio una especie de dichoso estupor; el resplandor de las bujías les cegaba, el murmullo de las voces les impedía escuchar el tumulto de su corazón. Pero cuando disipada la primera sorpresa, fueron habituándose á las luces y á la multitud sonriente y engalanada, se replegaron en sí mismos y les pareció que la sociedad desaparecía y que volverían á hundirse en su soledad. Entonces cada noche sentían que aumentaban sus sufrimientos. Continuaron yendo de salón en salón, indiferentes, embebecidos, pasando las horas en medio de treinta ó cuarenta personas sin ver nada, sin oír nada, más que la ansiedad de su cuerpo y de su espíritu. Y si por acaso, para huir de tales angustias procuraban interesarse en lo que les rodeaba, lo veían todo á través de una imaginaria nube gris que enrarecía el aire y que á través de ella cada objeto se deformaba y deslucía. En los cadenciosos movimientos de los que bailaban, en los acordes del piano, hallaban sacudidas nerviosas que eran su tormento. Los rostros pintados les parecían enrojecidos por el llanto, la gravedad de los hombres les asustaba, los desnudos hombros de las mujeres aparecían á sus ojos como una especie de alarde clínico. El ambiente donde se agitaban, no era bastante poderoso para aturdirles con su riqueza fastuosa y sonriente, y antes por el contrario, les hundía más y más en su anonadamiento y en su desesperación.

Por otra parte, no estando ya bajo la sugestión de la sorpresa del primer momento, podían juzgar á las gentes cuyas frases amables y corteses les habían consolado aparentemente. La nulidad, la necedad de aquel mundo les cansó. Perdieron toda esperanza de hallar curación y olvido en compañía de tales entes. Parecióles asistir á la re-

presentación de una obra en el teatro: al oír los primeros actos se habían dejado sugestionar por la brillantez del escenario, la riqueza de los trajes, la exquisita cortesía y el lenguaje elevado de los actores; después esta ilusión se desvaneció, se dieron cuenta en los actos sucesivos que todo se hallaba sometido y sacrificado á las decoraciones, y que los personajes tenían la cabeza vacía y recitaban lecciones aprendidas.

Esta decepción les causó un terrible desencanto. Dispusieron á sufrir nuevamente con cierto orgullo. Preferían sus angustias, su vida rota por la pasión á aquella vida que descubrieron en las cabezas y en los corazones. Pronto estuvieron al corriente de los escándalos más ó menos graves, del rincón parisién que frecuentaban. Supieron que tal señora era la querida de aquel caballero y que el marido conocía y toleraba estas relaciones; supieron que otro marido vivía con su querida en la misma casa que su mujer, lo cual permitía á ésta coquetear con quien tuviera por conveniente. Semejantes historias les causaron un profundo asombro. ¿Cómo aquellas gentes podían vivir tranquilas en medio de tales infamias? Ellos á los que un simple recuerdo enloquecía, y se morían de angustia á la sola idea de no haber vivido siempre uno en brazos del otro. Indudablemente que era su naturaleza más delicada, su corazón más elevado y orgulloso que los esposos á los que nada torturaba su quietud egoísta ni siquiera su misma deshonra. Desde entonces se vengaron de su sufrimiento, sintiendo un desprecio soberano por aquel mundo más culpable que ellos y que sonreía cubierto de lodo.

Un día, en un momento de cólera, el mismo pensamiento surgió en la mente á Guillermo y á Magdalena. Se dijeron que podrían intentar que un nuevo amor les poseyese para olvidar más prestamente. Pero á las primeras tentativas, sus almas se rebelaron. Magdalena estaba entonces en todo el apogeo de su belleza, y muy obsequiada en todos los salones donde se presentaba. Infinidad de jóvenes, con guantes de mujer y con cuellos irreprochables, le hacían una corte asidua. Pero á Magdalena le parecían ridículos muñecos. Por su parte, Guillermo, se dejaba arrastrar á cenas que sus nuevos amigos le ofrecían para que pudiese escoger una querida; pero abandonó esta idea al ver el espectáculo repugnante de mujeres metiendo los dedos en todas las salsas y que trataban á sus amantes como á los lacayos. Guillermo y Magdalena estaban demasiado estrechamente unidos por un lazo de dolor para que nunca pudieran romper este lazo; si la rebelión de sus nervios, no les permitía atestiguarse su ternura, sus mismas penas no les

dejaba olvidarse por completo; permanecían uno frente al otro, no atreviéndose á tocarse, pero perteneciéndose siempre. Los esfuerzos que hacían para procurar una separación violenta entre ellos, no lograban otra cosa que imponerles sufrimientos más intolerables.

Al cabo de un mes, renunciaron á luchar por más tiempo. Su vida independiente, sus salidas durante el día y las horas que pasaban en medio de la multitud, no les causaba el menor consuelo, cesaron pues poco á poco de llevar tal existencia y permanecieron encerrados en el fondo de su hotelito de la calle de Boulogne. La certeza de su impotencia les rindió. Guillermo sintió entonces cuan dominado estaba por el amor de Magdalena. Desde los primeros días de sus relaciones, ella le había dominado fatalmente, por su temperamento más fuerte, más rico de sangre. Como Guillermo decía en otras ocasiones con una sonrisa, él era la mujer en el matrimonio, el ser débil que obedecía, que sufría las influencias de la carne y del espíritu. El mismo fenómeno que había llevado á Magdalena á los brazos de Jacobo, llevaba á Guillermo á los de Magdalena. Guillermo se compenetraba de su mujer, adquiría su voz y sus gestos. Algunas veces se decía con espanto que llevaba dentro de sus músculos á su mujer y á su amante, y creía sentirlos agitarse y estrecharse en el fondo de su ser. Era un esclavo, pertenecía á su mujer que á su vez pertenecía á otro. Era aquel doble estado de posesión el que les hundía en un dolor sin esperanza.

Guillermo permanecía pasivo forzosamente. Seguía á Magdalena en sus espantos y resentíase de las emociones que sacudían á aquélla. Más tranquilo en las horas que su mujer se calmaba, enloquecía nuevamente cuando ella se dejaba dominar por el dolor. Magdalena era la norma de su tranquilidad como de su locura. Entregado á ella, absorbido por ella, sin otro valor que el suyo, sin otra voluntad que la suya, por ella tenía reguladas cada una de sus sensaciones, cada uno de los latidos de su corazón. En algunas ocasiones, Magdalena le miraba con ademán pensativo y raro.

— ¡Ah! — se decía, — si Guillermo tuviera un temperamento más vigoroso, acaso tendríamos salvación. Yo quisiera que me dominara, que se arrojara sobre mí moliéndome á golpes. Estos golpes me harían bien. Cuando yo estuviera en el suelo sin fuerzas y él hubiera probado su poder sobre mí, creo que mi sufrimiento sería menor. Sería preciso que acertara á matar en mí con mano fuerte el recuerdo de Jacobo. Y podría matarlo si fuera un poco enérgico.

Guillermo leía estos pensamientos en los ojos de Mag-

dalena. Comprendía ella que hubiera podido librarla de sus recuerdos si hubiera tenido el valor de tratarla como dueño, oprimiéndola en sus brazos hasta que olvidase á Jacobo. En vez de temblar cuando ella temblaba, él debía permanecer tranquilo, sobreponerse á las turbaciones de la joven é imponerle la serenidad de su espíritu. Cuando pensaba en esto, se hacía responsable de todos sus pesares y se daba por vencido tratándose de cobarde y creyéndose impotente para luchar. Los esposos guardaban entonces un sombrío silencio. En los labios de Magdalena se dibujaba un desdenoso pliegue. Guillermo se refugiaba en aquella altivez nerviosa, en aquella certidumbre de la nobleza de su corazón, que era siempre su retiro postrero.

Algunos días después de tomada la resolución de no recorrer los salones inútilmente, experimentaron en el aislamiento de su hotel que pensaron en regresar á la Noirande. Marchábanse por lo demás sin prometerse disfrutar ninguna tranquilidad allí. Tal esperanza le hubiese parecido ridícula. Desde la noche que huyeron ante Jacobo, se hallaban como empujados por un huracán de loco terror que no les permitía tomar aliento. La repugnancia á escoger un partido, sus continuos aplazamientos les habían sumido en una especie de pesada somnolencia donde su voluntad desaparecía.

Se habían paulatinamente acostumbrado á esa febril y ansiosa espera y ni tenían fuerzas ni valor para salir de ella. Indiferentes en apariencia, medio adormidos, dejaban transcurrir los días monótonos y tristes. Decían, sin embargo, que Jacobo regresaría de un momento á otro, y el mismo silencio de esto les tenía inquietos y le creían ya en París. Su mismo estupor les hacía olvidar su deseo de escapar de Jacobo. Esta situación hubiese durado años sin que tuviesen la idea de sustraerse á sus sufrimientos por cualquier violento desenlace. Les era preciso un nuevo sacudimiento para acabarles de anonadar. Esperándolo vivían sintiendo un vago dolor, marchando hacia donde les conducía su instinto. Regresaban á la Noirande no tanto por huir de Jacobo como para cambiar de lugar. Su perturbado espíritu les hacía insoportable aquella vida claustral que en otro tiempo, les adormecía en la felicidad. La idea de un viaje, de un cambio rápido de lugar les tentaba. Por otra parte, estaban ya á mediados de Abril, las mañanas empezaban á ser hermosas, la temporada de campo, comenzaba. Puesto que no estaban formados para comprender la sociedad y vivir en ella, prefirieron volver á sufrir en el silencio y la paz de la campiña.

La víspera de su partida fueron á despedirse de los se-

ñores de Rieu á los que hacía bastantes días no habían visto. Al llegar á la casa, supieron que el señor de Rieu estaba gravemente enfermo. Iban á retirarse cuando un criado vino á decirles que el anciano les rogaba que entraran á verle. Lo encontraron acostado en una vasta y oscura habitación. La enfermedad del hígado que sufría, había tomado de pronto un carácter agudo que no le dejó duda que su muerte se acercaba. Además exigió á su médico la verdad completa, á fin de poner, según manifestó, ciertos asuntos en orden antes de morir.

Cuando Guillermo y Magdalena entraron en la vasta pieza, vieron á Tiburcio de pie cerca de la cama del moribundo. A la cabecera se hallaba Elena, sentada en un sillón y afectando estar emocionada por un golpe imprevisto. Los ojos del moribundo iban de uno á otro, agudos como hojas de acero; su amarillento rostro, atrocemente desfigurado por el dolor, conservaba su sonrisa de suprema ironía, sus labios tenían el pliegue de crueldad que los levantaba ligeramente como cuando gozaba en las angustias de su mujer. Tendió la mano á los esposos y al saber su próxima marcha á la Noirande, les dijo:

—Soy muy feliz por poder dar á ustedes mi último adiós... Ya no volveré á Veteuil...

Su voz tranquila no demostraba el más mínimo pesar. Todos callaron y reinó el silencio, aquel silencio lúgubre que rodea el lecho de un moribundo. Guillermo y Magdalena no sabían cómo retirarse. Tiburcio y Elena permanecían inmóviles y mudos, poseídos de una inquietud que no procuraban ocultar. Al cabo de un momento, el señor de Rieu que parecía saborear delicias inexpresables contemplando al joven y á su mujer, exclamó bruscamente dirigiéndose á sus visitantes:

—Estaba arreglando mis asuntos de familia... Ustedes no estorban y voy á continuar con su permiso... Hacía conocer mi testamento á nuestro amigo Tiburcio; le nombro mi heredero universal con la condición de casarse con mi pobrecita Elena.

Al pronunciar estas palabras sonrió sarcásticamente. Moría como había vivido, irónico é implacable. En su agonía se burlaba por última vez con amarga voluptuosidad, de este mundo de miseria y de vergüenza. Todos sus postremos instantes los había empleado en inventar el tormento á que después de su muerte condenaría á su mujer y á Tiburcio. Había llegado á exasperar de tal modo al joven, impidiendo que obtuviera empleo alguno, que concluyó Tiburcio por romper con Elena, después de una escena en la que la golpeó brutalmente. Aquella ruptura definitiva deses-

peró al señor de Rieu que pensó que su venganza se le escapaba. Había ido demasiado lejos y necesitaba reconciliar á los amantes uniéndolos de suerte que no pudieran separarse. Entonces se le ocurrió la diabólica idea de casar á su viuda con el joven Rouillard, convencido de que éste no dejaría escapar la ocasión de coger una fortuna, aunque al precio de una repugnancia continua; por su parte Elena, nunca tendría el valor de negarse á casarse con el hombre que la había hecho su esclava sumisa. Se casarían y se maltratarían á todas horas. El moribundo gozaba de antemano viendo á Tiburcio casado con una mujer que tenía doble edad que él, cuya vergüenza y fealdad le avergonzarían y serían su eterna pesadilla. Veía á Elena agotada por sus vicios, suplicando las caricias de su joven esposo con la humildad de una sierva, golpeada mañana y tarde por su marido que vengaría así las sonrisas burlonas que provocaría en público su enlace. La vida de aquel matrimonio sería un infierno, un suplicio, un castigo incesante. Y el señor de Rieu olvidaba los dolores que le desgarraban el pecho y la espalda, para reirse cada vez que pensaba en la existencia que preparaba á su mujer y á su amante.

Se volvió el enfermo hacia Tiburcio y continuó con un acento de indecible burla:

—Hijo mío, estoy acostumbrado á mirarte como á un hijo y quiero procurar tu dicha. En cambio de mi fortuna, no te pido más que un poco de ternura para mi querida esposa. Si bien es verdad que tiene algunos años más que tú, tiene la ventaja de que tendrás en ella seguramente una ayuda y un apoyo. En mi determinación no veas más que el vivo deseo de hacerte dichoso. Algún día me lo agradecerás.

Se volvió después á Elena, y agregó:

—Serás una segunda madre para él ¿verdad? Siempre te ha gustado la juventud y ahora te toca hacer un hombre de ese niño, impidiendo que se extravíe dejándose llevar por los engañadores placeres de París. Empújalo á las grandes empresas.

Elena le escuchaba aterrorizada. Su voz tenía inflexiones tan insultantes que se preguntaba si era posible que aquel hombre no se hubiera dado cuenta de su libertinaje. Se acordó de sus sonrisas, de sus desdenes que ella había creído causados por sus dolores físicos y no vaciló en afirmar que el sordo lo había oído todo.

Había tratado de engañarle y ahora comprendió que era ella la engañada. Lo extraño de su testamento le hacía comprender su vida de silencioso desdén. Cuando su marido la echaba en brazos de Tiburcio, debía conocer su falta y trataba de castigarlos uniéndolos. Aquel matrimonio la asus-

taba. Tiburcio se había mostrado tan brutal con ella y la había maltratado con tanta rabia el día de su ruptura, que el miedo de ser de nuevo golpeada hacía callar sus apetitos carnales. Pensaba estremeciéndose en aquella unión, que la pondría para siempre en las manos de Tiburcio. Pero prostituida hasta el extremo, no se encontraba con fuerzas para oponerse á la voluntad de su amante, y éste haría de ella lo que quisiese. Sin energía, pasiva y sombría, escuchaba al moribundo, y aprobaba con la cabeza cuanto decía él. Para consolarse pensaba: «Tiburcio podrá golpearme, pero habrá momentos en que le tendré en mis brazos.» Después pensó que el joven conquistaría otras mujeres más jóvenes con el dinero de su primer marido, y que le negaría hasta los restos de sus caricias. Esta idea completó su tormento.

Tiburcio se fué rehaciendo poco á poco. Descartó la imagen de Elena y calculaba mentalmente la fortuna que dejaría el señor de Rieu, y la sumaba á lo que le había dejado su padre, el tratante de ganado. Esta cifra era tan elocuente, que se convenció en seguida de que debía casarse con la vieja. Esta era la expresión: ¿qué haría de aquel esperpento? No lo sabía, y volvió á preocuparse. Si era preciso se encerraría con ella en una bodega y allí la mataría lentamente. Lo importante era tener dinero.

El señor de Rieu leyó su resolución en sus ojos brillantes, en la expresión fría y perversa de sus labios. Dejó caer su cabeza sobre la almohada y su rostro se contrajo por última vez con expresión sarcástica.

—Vamos—murmuró,—ya puedo morir tranquilo.

Guillermo y Magdalena habían presenciado aquella escena con creciente malestar. Comprendieron que habían asistido al desenlace de una atroz comedia y se apresuraron á despedirse del moribundo para retirarse. Elena, embrutecida y hundida en el fondo de un sillón, no se movió. Tiburcio les acompañó hasta el vestíbulo del hotel. Cuando bajaban la escalera, se acordó de lo que había dicho á Guillermo de la señora de Rieu, y haciéndose el hipócrita, le dijo:

—Había juzgado mal á esa pobre mujer. Está muy afectada por el próximo fin de su marido. Es un legado sagrado que me confía, y haré cuanto de mí dependa para hacerla feliz.

Después creyéndose bastante disculpado, procuró cambiar la conversación, y añadió bruscamente dirigiéndose á Guillermo:

—A propósito. Ayer encontré á uno de nuestros antiguos compañeros de colegio.

Magdalena palideció.

—¿Quién?—preguntó Guillermo con turbada voz.

—Jacobó Berthier—contestó Tiburcio,—aquel muchachote que protegía á usted. Eran ustedes inseparables... Creo que es rico en la actualidad. Parece que llegó á París hace una semana procedente del mediodía.

Los esposos guardaron silencio. El vestíbulo donde esta conversación tenía lugar estaba oscuro y Tiburcio no pudo apreciar la alteración que sus palabras habían causado en los rostros de los esposos.

—¡Bah!—prosiguió,—es un muchacho simpático... Le gusta gastar el dinero... Me atrevo á jurar que le va á durar muy poco la herencia de su tío. Me llevó á su casa, un bonito entresuelo de la calle Taibout. Allí se adivina la mano de una mujer.

Al decir esto, sonrió como hombre incapaz de cometer una locura. Guillermo le tendió la mano como para marcharse, pero Tiburcio continuó:

—Hablamos de usted. Ignoraba que estuviese usted en París, y me pidió las señas de su casa. Irá á verles mañana por la tarde.

Guillermo había abierto la puerta.

—Adiós—dijo febrilmente á Tiburcio, estrechándole la mano y dando algunos pasos en la acera.

Magdalena quedó sola con el joven, y le preguntó con voz rápida y clara el número de la casa de Jacobo Berthier en la calle Taibout. Tiburcio se lo dijo y Magdalena se reunió á su marido, dirigiéndose del brazo y sin despegar los labios á la calle de Boulogne. Al llegar á su casa encontraron una carta de Geneveva; esta carta lacónica y apremiante, les hacía saber que Lucía había tenido una recaída, por lo que creía preciso que fueran á Veteuil sin pérdida de momento. Todo les obligaba á dejar á París inmediatamente; por nada de este mundo, hubieran permanecido en la capital hasta el siguiente día por la tarde. Magdalena no durmió en toda la noche. A la mañana siguiente y en el momento de subir al vagón fingió que se había olvidado un paquete y aparentó gran contrariedad. Guillermo dijo que encargarían al portero que enviara el paquete, pero ella quedó inmóvil é indecisa. Guillermo se brindó á ir él mismo al pabellón para buscarle; pero Magdalena no aceptó tampoco esta proposición. La campana de la estación anunciaba el momento de la partida del tren, y Magdalena empujó suavemente á su marido diciéndole que estaría más tranquila sabiendo que él estaba al lado de Lucía, y prometiéndole reunirse á él algunas horas

después. Cuando se vió sola salió de la estación rápidamente, y bajó á pie por los boulevares.

Era una clara mañana de Abril. Se percibía el aroma penetrante y fresco de la primavera. El aire á pesar de las bocanadas calientes interrumpidas repentinamente por frescachona brisa, no era molesto. Una parte de las calles permanecía aún en azulada sombra; la otra alumbrada por una extensa capa de amarilla brillante luz. Magdalena marchaba por el sol, por la acera inundada de rayos. Cuando se vió fuera de la estación acortó el paso, y caminaba como embebida en agradables ensueños. El día anterior había tomado su partido. Al oír que iba á ser visitada por Jacobo recobró toda su energía. Mientras que preguntaba la dirección de su ex-amante á Tiburcio, la joven pensaba: «Mañana dejaré partir á Guillermo, y cuando me encuentre sola iré á ver á Jacobo. Le diré toda la verdad, y le rogaré que no nos haga sufrir. Si me jura que nada hará para vernos, volveré á creer que está muerto. Nunca sabrá mi marido que he dado este paso; se imaginará que la suerte nos ha favorecido y se tranquilizará como yo. Puedo inventar también un cambio de cartas con Jacobo, un pretexto ó un enredo cualquiera.» Durante toda la noche estuvo dando vueltas á este proyecto. Modificó algunos detalles, pensó las palabras que dirigiría á su antiguo amante, corrigiendo los términos de su confesión. Estaba abrumada por el terror continuo, cansada de sufrir, y quería acabar de una vez. El peligro despertaba en ella á la hija enérgica y práctica del obrero Ferat.

Ya había puesto en práctica los preliminares de su proyecto. Estaba sola. Eran las ocho de la mañana y no pensaba ir á casa de Jacobo hasta el mediodía. Podía, pues, disponer de cuatro horas. Este retraso no la disgustaba. Nada la daba prisa. No tenía la menor emoción, pues su idea era hija de maduro examen. Hacía buen sol y podría pasear hasta las doce. Esperaba seguir escrupulosamente su plan sin apresurar ni retrasar los hechos cuya marcha había decidido.

Hacía años que no había andado sola por las aceras de París. Esto la transportaba á los tiempos en que era la querida de Jacobo. Para hacer tiempo se puso á mirar con curiosa atención los escaparates, fijándose especialmente en los de las bisuterías y en los almacenes de modas. Experimentaba cierto placer al verse sola en las calles de París en aquella hermosa mañana de Abril. Cuando llegó, Magdalena fué dichosa viendo el mercado de flores que tenía lugar aquel día. Avanzó lentamente por entre las filas de puestos de flores, y se detuvo largo rato ante los mon-

tones de rosas abiertas. Al llegar al extremo del mercado volvió sobre sus pasos y se detuvo nuevamente delante de cada planta. A su alrededor, en la parte alumbrada por los amarillos rayos del sol, se extendía una sábana verde, salpicada de notas vivas, rojas, moradas, azules, que tenía la entonación de un tapiz de terciopelo. Perfume penetrante flotaba á sus pies, y se elevaba á lo largo de su falda; le parecía que aquel perfume se acercaba á sus labios y quemaba su rostro dulcemente, como una caricia. Durante cerca de dos horas estuvo allí yendo de un lado á otro por entre las flores de las que sus ojos no acertaban á separarse. Poco á poco se colorearon fuertemente sus mejillas, y sus labios dibujaron una vaga sonrisa. La primavera aceleraba la circulación de su sangre que subía con fuerza á su cabeza, y la aturdiría como si estuviese embriagada.

En los primeros momentos sólo había pensado en el paso que iba á dar. Su cerebro volvía á emprender el trabajo de la noche anterior; se figuraba el momento en que entraba en la casa de Jacobo, y se repetía las palabras con que pensaba decirle que era la mujer de Guillermo, pensando de antemano en las consecuencias de aquella confesión. Tenía confianza en el buen éxito de su resolución. Volvería á Veteuil tranquila, casi curada, reanudaría con su marido la vida sosegada de otros días. Después cuando estos pensamientos de esperanza habían como mecido y prestado fuerza á su ser, se dejaba llevar por una especie de vagos ensueños. Olvidaba la escena desagradable que pronto se iba á desarrollar y no pensó en los inconvenientes de su proyecto. Embriagada por el perfume de las flores y un tanto sofocada por el sol, continuó paseándose entregada á dulces ilusiones. La idea de la existencia tranquila que llevaría con Guillermo, despertó los recuerdos felices de su vida. La imagen de su marido acabó por desvanecerse, y pronto no vió más que á Jacobo. El pasado llenaba su ser, un pasado de amor y de alegría. Cesó de importunarle el recuerdo de Jacobo y su imagen le sonreía como antes. Entonces volvió á ver la alcoba, la habitación de la calle de Soufflot, y se acordó de algunas mañanas de Abril pasadas con su primer amante en el bosque de Verrières. Sentíase dichosa por poder pensar en todo su pasado sin sufrir, y abismábase en él, olvidándose del presente y no recordando ni el motivo que la obligaba á caminar á tales horas por las calles de París esperando las doce del día. Seguía caminando entre las flores aspirando su embriagador perfume, desvanecida por una voluptuosidad creciente.

Como las floristas acabaron por mirarla con cierta curiosidad, se decidió á ir á pasear por otra parte. Descendió hasta los Campos Eliseos sin abandonar su ensueño. Los paseos estaban casi desiertos y pudo entregarse á sus dulces pensamientos rodeada de un silencio lleno de encanto. Verdad es que ella no se daba cuenta de nada de lo que pasaba á su alrededor. Maquinalmente enderezó sus pasos hacia la Magdalena después de aquel largo paseo. Allí olvidóse de todo, abismándose en sus recuerdos, aspirando aquel aire tibio y perfumado que la causaba inexplicables sensaciones voluptuosas, observó que eran las doce menos cuarto. Tenía el tiempo absolutamente preciso para llegar á la calle Taibout. Entonces apresurando el paso, siguió rápidamente por los bulevares, embriagada todavía, perturbada la cabeza y no recordando ni una sola de las palabras que pensaba decir á Jacobo. Avanzaba como empujada por una fuerza fatal. Cuando llegó estaba tan sofocada que apenas podía respirar. Sin embargo, subió la escalera sin la menor emoción. El mismo Jacobo le abrió la puerta. Al verla dejó escapar un grito de alegre sorpresa.

— ¡Tú! ¡tú! — exclamó el joven. — Bien, chiquilla te juro que no esperaba verte por esta casa.

Había cerrado la puerta y caminaba delante de ella haciéndola atravesar varias habitaciones poco espaciosas, pero elegantemente amuebladas. Magdalena seguía en silencio. Cuando Jacobo introdujo á Magdalena en la última habitación que le servía de alcoba, se volvió hacia ella, y la tomó alegremente las manos.

— ¿No estamos enfadados, verdad? — dijo Jacobo. — ¿Sabes que en Nantes no estuviste muy amable?... Quieres hacer las paces, ¿no es eso?

Magdalena seguía mirándole silenciosa. Jacobo acababa de levantarse. Todavía en mangas de camisa, fumaba en su pipa de tierra blanca. En su nueva posición de soltero, guardaba los hábitos de estudiante y de marino. Magdalena creyó que le encontraba tal como le representaba la fotografía que la había hecho llorar una noche. Por la abertura de la camisa desabrochada dejaba ver parte de su pecho.

Jacobo se había sentado en el borde del lecho en desorden, cuyas ropas caían hasta tocar el suelo. Conservaba las manos de la joven entre las suyas.

— ¿Cómo diablos has sabido mi dirección? — la preguntó. — ¿Me amarías acaso todavía y me has seguido por la calle?... Ante todo firmemos las paces.

La estrechó fuertemente y la besó en el cuello. Magda-

lena no opuso ninguna resistencia. Sentada sobre las rodillas de Jacobo permanecía sumida en una especie de estupor. Aunque había subido pocos peldaños estaba sofocadísima. Examinaba la habitación con extraviados ojos y le parecía que giraba todo en derredor suyo. Vió en la chimenea un ramo de flores que empezaban á marchitarse y sonrió acordándose del mercado de la Magdalena. De pronto se acordó que había ido á anunciar á Jacobo que estaba casada con Guillermo. Se volvió hacia él conservando inconscientemente la sonrisa en sus labios. Jacobo había pasado un brazo alrededor de su talle.

—Querida mía—dijo riendo,—¿querrás creer que desde que te negaste á darme la mano en Nantes, sueño contigo todas las noches?... ¿Te acuerdas de nuestra habitación de la calle de Soufflot?

Su voz era cada vez más queda y ardiente, sus manos se perdían entre las tibias ropas de su antigua querida. Se estremecía, á impulsos de las excitaciones del despertar y se sentía dominado por avasalladores deseos. Si Magdalena hubiera ido á verle en otra hora del día, no la hubiese estrechado tan apasionadamente contra su pecho. Cuando Magdalena se vió sentada sobre las rodillas de Jacobo, sintió que las fuerzas la abandonaban. Desprendiase de aquel hombre un olor acre que la enervaba. Todos sus miembros se enardecían y vago zumbido llenaba sus oídos, y un sueño que no podía dominar cerraba sus párpados. Seguía pensando: «He subido para decirselo todo, no quiero ocultarle nada.» Pero este pensamiento moría en su cerebro como una voz que se alejaba haciéndose más débil hasta que acababa por extinguirse.

Ella fué la que al apoyarse de pronto sobre uno de los hombros del joven, le hizo caer sobre el lecho. El asíóla arrebatado, levantándola del suelo donde sus pies tocaban todavía. Magdalena obedeció á su abrazo como caballo que reconoce las poderosas piernas de su jinete. En el momento en que se entregaba, pálida, cerrando los ojos, dominada por un vértigo que le privaba la respiración, le pareció que caía de una inmensa altura con largas y lentas oscilaciones llenas de cruel voluptuosidad. Comprendía que iba á golpearse brutalmente contra el suelo, pero no por eso dejaba de saborear el vivo placer que gozaba viéndose balanceada en el vacío. Todo lo que le rodeaba había desaparecido. En lo vago de su caída, en el desvanecimiento de sus sentidos, oyó distinta y claramente las campanadas de las doce. Aquellos doce ligeros golpes le parecieron que habían durado un siglo.

Cuando volvió en sí, vió que Jacobo iba de un lado á

otro de la habitación. Se levantó y miró á su alrededor tratando de comprender por qué causa estaba acostada en la cama de aquel hombre. Por fin lo recordó. Entonces lentamente reparó el desorden de sus vestidos. Se puso delante de un armario de luna para sujetar sus cabellos que caían en desorden sobre sus hombros. Su semblante reflejaba un gran abatimiento y cierta estupidez.

—Pasarás el día conmigo—le dijo Jacobo,—comeremos juntos.

Magdalena le contestó negativamente con la cabeza y cogió su sombrero.

—¿Cómo? ¿Te vas?—dijo Jacobo sorprendido.

—Tengo prisa—respondió Magdalena con voz extraña.—Me esperan.

Jacobo se echó á reír y no insistió. Al llegar á la puerta la dijo abrazándola:

—Otro día cuando puedas escaparte para venir á verme, procura disponer de todo el día... Iremos á Verrières.

Ella le miró á la cara como si aquellas palabras la hubiesen abofeteado. Un instante estuvieron sus labios entreabiertos, pero de pronto hizo un gesto de loca y bajó rápidamente las escaleras. Había estado unos veinte minutos en casa de Jacobo.

Cuando estuvo en la calle echó á andar febrilmente no sabiendo á donde iba. El ruido de los coches, los codazos de los transeuntes, todo el barullo y el movimiento que la rodeaba, se perdía para ella en el torbellino de sensaciones y de pensamientos que la enloquecían. Detúvose dos ó tres veces, ante los escaparates como admirada de los objetos allí expuestos que ni siquiera veía. Y cada vez emprendía la marcha más velozmente con ademanes de loca y el rostro con la máscara de una imbecilidad extrema. Los transeuntes se paraban admirados al verla pasar corriendo y oír la pronunciar con voz baja: «¿Pero qué clase de mujer soy yo? He ido á casa de ese hombre para realzarme á sus ojos y he caído en sus brazos como una mujerzuela. Le ha bastado tocarme con el extremo de sus dedos para que yo sin repugnancia, ni enojo, antes por el contrario con placer indigno me entregara.» Callaba un momento y apretaba el paso para volver al cabo de algunos minutos á sus divagaciones: «Esta mañana me juzgaba fuerte, sabía lo que había de decirle, todo lo había reflexionado; es que estoy maldita, como dice Genoveva. Mi cuerpo es infame. ¡Cuánta porquería!» Y hacía gestos de asco, corriendo á lo largo de las calles como una loca.

Hacia más de una hora que corría así, cuando se detuvo bruscamente. El pensamiento del mañana, de los días

que aún había de vivir se alzó ante ella, levantó la cabeza y miró en torno suyo para orientarse. Maquinalmente había vuelto á la Magdalena; vió á sus pies los montones de flores cuyo perfume la habían embriagado por la mañana. Atravesó de nuevo el mercado pensando: «Me mataré y todo habrá concluído; no sufriré más.»

Entonces se dirigió hacia la calle de Boulogne. Algunos días antes había visto en un cajón un enorme cuchillo de caza. Al caminar, veía aquel cuchillo abierto ante ella, retrocediendo á medida que ella avanzaba, fascinándola, atrayéndola hacia su casa. Magdalena pensaba: «Dentro de un momento, lo tendré en mi poder, y me lo clavaré.» Pero al subir por la calle de Clichy, semejante suicidio le repugnó. Además quería antes de matarse, explicar á Guillermo las causas de su suicidio. Su fiebre se calmaba. Un raptó de locura le parecía odioso.

Volvió sobre sus pasos y se dirigió á la estación para tomar el tren que salía para Nantes. En las dos horas que duró el trayecto una sola idea dominó en su cerebro. «Me mataré, decía, en la Noirande en cuanto haya convencido á Guillermo de la necesidad de mi muerte.» Las sacudidas regulares y monótonas del vagón, los ensordecedores ruidos del tren en marcha, mecían de un modo extraño su idea de suicidarse. Le parecía que el estrépito de las ruedas, repetía como un eco de su pensamiento: «Me mataré, me mataré.» En Nantes subió en la diligencia. Asomada á la portezuela, miraba el campo, reconociendo al borde del camino algunas casas que había visto de noche meses antes, cuando había pasado por allí en coche acompañada de Guillermo. Y la campiña, las casas, todo le parecía que repetía el único pensamiento que la dominaba: «Me mataré, me mataré.»

Bajó de la diligencia, algunos minutos antes de llegar á Veteuil, para llegar por un atajo á la Noirande. El crepúsculo caía con suavidad exquisita. Los horizontes temblorosos se desvanecieron en la noche. Los campos se hicieron negros bajo el cielo blancuzco, llenando el aire el rumor de oraciones y de cantos lejanos que despedían al día que agonizaba. Cuando Magdalena avanzaba rápidamente por un sendero bordeado de espinos, oyó los pasos de una persona que se acercaba. Una voz aguda, desagradable se dejó oír. Aquella voz cantaba:

Il était un riche pacha
que l'on appelait Mustapha.
Pour sou s'éraíl il acheta
mademoiselle Catinka.

Et tra la la, tra la la la,
tra la la la, la la, la la.

Era Verde-Gris. Los *la la la*, á aquella hora de triste serenidad, tomaban en sus labios un acento de dolorosa ironía. Se hubiera dicho que eran las carcajadas de una loca que se estremecía y se ahogaba en lágrimas. Magdalena se detuvo, como si estuviese clavada en el suelo. Aquella voz, aquella canción oída así, en medio de los postreros estremecimientos del día, hacían pasar ante ella una visión rápida y mortificante. Se acordó de sus paseos al bosque de Verrières. Al declinar la tarde bajaban ella y Verde-Gris del brazo y cantando la balada del pachá Mustafá.

A lo lejos en los senderos, donde se extendían ya las sombras, voces de mujeres les contestaban con otras canciones. Ambas divisaban á través de la hojarasca, vestidos blancos que rozaban el suelo como vapores que se desvanecían poco á poco en las tinieblas. Después todo quedaba oscuro, negro. Las voces lejanas se convertían en lastimeras, los chistes, los versos picantes, lanzados al aire por gargantas enronquecidas por el abuso de la ausencia, flotaban dulcemente con ternezas y melancolías penetrantes.

Estos recuerdos oprimían la garganta de Magdalena. Seguía oyendo los pasos de Verde-Gris que avanzaba. Para no encontrarse con la loca cuya silueta lastimosa entreveía, empezaba á retroceder. Al cabo de un momento de silencio la loca cantó otra vez:

Pour son sérail il acheta
mademoiselle Catinka.
C'est trente sous qu'il la paya.
Elle valait moins cher que ça.

Et tra la la la, tra la la la
tra la la la, la la, la la.

Magdalena espantada entonces por las carcajadas de la loca, conmovida hasta llorar por aquella voz ronca y triste que cantaba recuerdos de su juventud en la frescura de la naciente noche, separó la valla de espinos y echó á correr de campo atraviesa. De este modo llegó á la Noirande. Cuando empujó la verja vió que la ventana del laboratorio estaba iluminada y que la luz se reflejaba siniestramente en los muros sombríos del castillo. Nunca había visto iluminada aquella ventana, y su resplandor en medio de la noche, le causó una vaga sensación de terror.